



ANNE CARSON, *Decreación*, trad. de Jeannette L. Clariond, Vaso Roto Ediciones, Barcelona, 2014, 368 pp. ISBN: 978-84-948989-6-9.

Si confundes la danza de los celos con el amor de Dios,  
o el espejo de una hereje por la historia verdadera,  
es probable que pases el resto de tus días con un hambre terrible.  
No importa cuántas páginas comas.

ANNE CARSON

*Decreación*, una sugerente palabra que, inexplicablemente, como es habitual, no ha quedado registrada en nuestro diccionario, señala, no la destrucción total de la creación, sino un descenso, aunque seguramente a los infiernos de la realidad cotidiana, en modo alguno absoluto, y también un ascenso. Podría decirse, en especial de la obra poética de Anne Carson, que *decreación* es el proceso incompleto que caracteriza sus poemas, en ocasiones verdaderamente magistrales, solamente posible entendida como recreación. No solo se trata, respecto a su poesía, de volver a crear, es decir, de crear en el fondo lo increado, sino de regresar a la creación original. La poesía, la creación poética, consiste para Anne Carson en la disolución de la forma, una aproximación a lo sublime en un intento por desbordar al lector.

*Decreación* es un neologismo prestado de la filósofa francesa Simone Weil cuyo peso en el libro –dentro de una ópera en tres actos que también incluye respectivamente al matrimonio de Hefesto y Afrodita y a la mártir medieval Marguerite Perete– resulta tan asombroso y desconcertante como la gravedad y la gracia con la que Simone Weil solía escribir. Perteneciente a la que el crítico literario Harold Bloom llamaría la escuela de Wallace Stevens, la poesía de Anne Carson, basada en un conocimiento extraordinario de la literatura y de la filosofía clásicas, está dotada del maravilloso don filológico al alcance de muy pocos, como sucede con Nietzsche, de extraer de la palabra que espera en la profundidad aquello que irónicamente está más allá del significado, y que bastaría para cualquier lector, siendo el significado la mayoría de las veces lo único que se puede hallar.

La escritura de lo sublime evoca una vitalidad desmesurada que contiene el expediente de lo documental y la grandeza, donde lo documental es tanto una composición de documentos como el predominio de lo factual sobre lo ficticio, y la grandeza se despliega solo en el terreno del éxtasis cuando la escritura se desborda a sí misma incapaz de contener el mundo. Igual que en la recuperación de Antonioni de Anne Carson, quien desbordaba a los actores y buscaba ser desbordado por ellos. Convenientemente, el otro rostro de la creación, del genio poético, es el sueño como visión. El sueño se ofrece como terapia en la que “algo no es nada” (p. 48), por lo que la búsqueda del conocimiento significa aquello que nunca llegamos a conocer, “lo

incógnito”. No se trata de la reminiscencia platónica, sino más bien de la realización del deseo freudiano instalado de manera distorsionada (¿la disolución de la forma?) entre la vigilia y el sueño. En el diálogo platónico *Critón*, Sócrates reproduce, a través de un sueño que le muestra el día que debe morir, las palabras que Aquiles pronuncia en el canto VIII de la *Ilíada*, donde el sueño es una forma de conocimiento contaminada por la imaginación y la imaginación es otra forma de conocimiento fundado en el conocimiento de los demás o de muchas más cosas. Consecuentemente, la imaginación poética es, en efecto, el poder de convertir nada en algo (p. 67).

Por otra parte, el eclipse es la nueva metáfora que sirve a la totalidad que describe la poesía y, sin embargo, la totalidad no implica la plenitud para el genio poético, salvo en cierta medida porque “hay un momento de retroceso dentro de la totalidad” (p. 231) hacia un tono más claro. Esta claridad temporal podría ser, por qué no, la muerte del poeta que parece subyacer a los versos de Carson dejando paso a los caracteres eternos con los que ha sido trazado el misterio de la existencia. Así, cualquier registro de la vida debería dar cuenta, siguiendo a la Safo de Carson, de que “la condición del pensamiento es la pobreza”. Sin duda, la pobreza o es un estigma o es deliberada en la medida en que, en clave mística, hace posible la trascendencia, y es justamente definida como abandonarse al amor. Solo el éxtasis, acompañado de los celos, el *zelos* griego, la “búsqueda ardiente” del amor, permite la pobreza confirmada por el espíritu.

La clave de escritura de *Decreación* no dejaría de ser, aquí y ahora, una muestra del misticismo que ayuda a comprender la visión extática que se confunde con una suerte de teología del amor donde la fidelidad a Dios resulta en el fondo incompatible con la inevitabilidad del amor a uno mismo. De esta manera lo expresa el estupendo libreto de la ópera en tres actos en la que un Dios absolutamente celoso anhela que su voluntad sea correspondida por completo a través de lo que Simone Weil llamaría el desalojamiento del yo, la idea de que debo deshacerme de la criatura que soy, aun cuando ni siquiera Carson llegue a admitirlo, para poder aspirar a la condición de Dios no solo por analogía. Así que lo decisivo es en realidad la inspiración divina que presume el poeta. Sin embargo, la auténtica condición de la kénosis que está a la base de la escritura de Simone Weil, y en menor medida de la de Anne Carson, no implica originariamente un éxtasis, el estado de estar fuera de sí mismo, sino que introduce de nuevo de una manera concreta el valor de la abnegación para la vida con tal de llegar a ser uno con Dios aquí y ahora, lo que sí implica en cierto modo la privación y no la aniquilación del yo.

En sus ensayos clásicos, a diferencia de los poemas sin forma con los que están entremezclados, o formados precisamente a partir de la disolución de la forma que no debe confundirse con la ausencia de forma, Carson llega a mostrarse sublime, y en ocasiones recuerda a la originalidad de la influencia de Montaigne incluso a la hora de citar a su querida Elisabeth Bishop. Sin embargo, su poesía adolece hasta cierto punto ante la dificultad de compatibilizar la experiencia filológica con lo que Carson entiende como la disolución de la forma, lo que le lleva a poner implícitamente en cuestión el uso del lenguaje que acompaña a la ética —Sócrates sería, salvando la distancia, el paradigma de esta incógnita— bajo la expectativa permanente de que la poesía ha de llegar a inventar un lenguaje más adecuado. En otras palabras, la disolución de la forma es, irremediablemente, una forma de resolución que implica claramente la justificación por el uso y el préstamo de las palabras. A pesar de ser elocuentemente ecléctica, la poesía de Carson perdura, y perdurará, en cada una de las páginas excelentes que ha escrito, debido a que, como dijo el poeta, la belleza es exuberancia, y el ritmo que mantiene en vilo al lector, pasando radicalmente de un género a otro,

ha sido previamente adaptado a la corriente de la vida en la que todos, lectores o no, queramos o no, estamos inmersos.

***Antonio Fernández Díez***